

Invócalas pues *distintamente* para que acompañen todas tus palabras y movimientos.

Me alegro mucho que mi nueva casa y particularmente mis columnas, merezcan la aprobación del hermano de Lord Lyttelton. Mi busto de Cicerón es exquisito y está muy bien conservado; tendrá en mi biblioteca el mejor lugar, á menos que á tu regreso no me traigas una cabeza moderna en la tuya propia, que valga tanto como aquélla y que apreciaría yo mucho más. Te prevengo que la he de examinar con una atención mayor de la que prestan los anticuarios á las cabezas antiguas.

---

LONDRES, 23 de Agosto de 1748.

MI QUERIDO HIJO.

Tu amigo M. Eliot ha comido dos veces conmigo después de mi regreso á Londres, y puedo decir con verdad que mientras fui guarda sellos, no examiné á un prisionero de estado con tanto cuidado y atención como á él; y aun hice más, porque contra las leyes de este país, le apliqué la *cuestión* ordinaria y extraordinaria; y tengo un placer infinito al manifestarte que el tormento en que le puse no le arrancó una sola palabra que no fuese tal como yo la apetecía. Te felicito cordialmente por este ventajoso testimonio de un sujeto tan estimable. *Laudari á laudato viro*, es uno de los placeres más sensibles y honoríficos que puede disfrutar un ser racional. ¡Ojalá y continúes mereciéndolo por mucho tiempo! Tu aversión á los licores y tu aborrecimiento al juego, que M. Eliot me asegura son muy grandes, me causan, por tu mismo amor, una alegría inexplicable; porque los primeros podrían arruinar tu salud y tu entendimiento, y el segundo tu reputación y tu fortuna. M. Harte me escribió hace tiempo, y M. Eliot lo confirma ahora, que gastas tu dinero para el bolsillo, de un modo muy diverso del acostumbrado generalmente con moneda de esta especie: no en chucherías ni baratijas, sino en compras de buenos y útiles libros. Este es un síntoma que me hace concebir muy buenas esperanzas. Continúa bajo el mismo pie, mi querido hijo, por sólo dos años consecutivos, pasados los cuales no te pediré más, porque entonces harás en el mundo una figura y disfrutarás una fortuna, tales como te deseo, y para cuyo goce he tratado de hacerte digno á costa de tantas penas. Cumplido aquel tiempo te permitiré

todo el ocio que quieras, bien persuadido de que entonces no te agradará estar desocupado. Sólo los flojos y los ignorantes aman la ociosidad; mas aquellos que han adquirido un buen fondo de conocimientos, desean siempre aumentarlo. El saber es como el poder, en este sentido: que quien más tiene más desea; la posesión del saber lejos de hartar aumenta el apetito, lo cual acontece con muy pocos placeres.

Al recibir esta carta congratulatoria y leer tus propios elogios, estoy seguro que tu alma naturalmente reconocerá que eres deudor de estos merecimientos al cuidado y atención de M. Harte; y por consiguiente que tu consideración y afecto á él deben aumentar, si es posible, á medida que recojas, como lo haces diariamente, el fruto de sus fatigas.

Sin embargo, no debo ocultarte que hubo un artículo en que se contradijo tu panegirista M. Eliot, porque estrechándolo vivamente en punto á tu manera de hablar, no se atrevió á decir que tu pronunciación fuese distinta ni agradable. Te he dicho tanto sobre este particular, que no tengo nada que añadir; te repetiré únicamente una verdad incontestable y es, que si no quieres hablar con gracia y claridad, nadie querrá escucharte.

---

LONDRES, 30 de Agosto de 1748.

MI QUERIDO HIJO.

Tus reflexiones sobre la conducta de Francia desde el trato de Múnster hasta el día, son muy exactas; y veo con gusto que no sólo lees, sino que reflexionas sobre las materias. Muchos aficionados á la lectura cargan su memoria sin ejercitar su juicio, y en vez de observar un método provechoso forman de sus cabezas un armatoste en que amontonan hechos sobre hechos sin orden ni distinción (a), pudiendo decirse con exactitud que forman aquella

..... *Rudis indigestaque moles,  
Quam dixere chaos.*

Prosigue pues leyendo del modo que has comenzado, y no

---

(a) Alabábase un joven en presencia de Aristipo de haber leído mucho. « Los que comen demasiado, respondió aquel filósofo, no son por lo regular los más sanos y robustos, sino los que digieren mejor. »

admitas nada como cierto por sólo la autoridad del autor, sino pesando y considerando en tu alma la probabilidad de los hechos y la exactitud de las reflexiones. Consulta diversos autores sobre los mismos hechos, y forma tu opinión con arreglo á la más ó menos probabilidad que resultare del conjunto de pareceres. Este es en mi juicio el mayor grado de creencia á que puede llegar la historia, porque en cuanto á certidumbre temo que no pueda alcanzarse. Cuando un historiador pretenda señalarte las causas y motivos de los acontecimientos, compara estas causas y motivos con los caracteres y los intereses de las partes concernientes, y juzga por ti mismo si concuerdan ó no entre sí; mira si no puedes asignarles otros motivos más probables; y si se tratare de examinar las acciones de grandes hombres no deseches las causas más frívolas ó ligeras, porque la naturaleza humana es tan inconsistente y tan varia, nuestras pasiones tan violentas y mudables, nuestra voluntad tan vacilante y en fin nuestro espíritu se afecta tanto con los accidentes de nuestro cuerpo, que cada individuo es más bien el hombre del día ó de las circunstancias (a) que el hombre de un carácter estable y consecuente (b). Las almas más grandes tienen sus defectos y sus debilidades, y las más pequeñas dan á menudo pruebas de bondad, y aun á veces dejan ver cualidades eminentes (c) porque yo no creo lo que Veleyo Patérculo — por gusto de expresar un bello pensamiento — dice de Scipión, que *nilhil non laudandum, aut fecit, aut dixit, aut sensit* (d). En cuanto á las reflexiones con que los historiadores creen necesario realzar sus narrativas, ó por lo

(a) Voilà l'homme en effet. Il va du blanc au noir;  
Il condamne au matin ses sentiments du soir;  
Importun à tout autre, à soi-même incommode,  
Il change à tous moments d'esprit comme de mode:  
Il tourne au moindre vent, il tombe au moindre choc;  
Aujourd'hui dans un casque, et demain dans un froc.  
(BOILEAU.) Tr.

(b) L'homme est, dans ses écarts, un étrange problème;  
Qui de nous en tout temps est semblable à soi-même?  
Le commun caractère est de n'en pas avoir;  
Le matin incrédule, on est dévot le soir.

(ANDRIEUX.) Tr.

(c) ..... Les plus grands personnages  
Ne sont pas, croyez-moi, les plus sages.  
Des gens d'esprit souvent la folie est le lot;  
Et parfois la sagesse est la vertu d'un sot.

(J. B. ROUSSEAU.) Tr.

(d) No hizo, no dijo ni pensó nada que no fuese digno de alabanza.

menos concluir sus capítulos, y que por lo regular se introducen en francés con las palabras *tant il est vrai*, y en inglés con *so true it is*, no las adoptes por la simple autoridad del autor, sino analízalas tú mismo y juzga si son ó no verdaderas.

LONDRES, 5 de Septiembre de 1748.

MI QUERIDO HIJO.

He recibido tu carta con la inclusa en alemán para M. Grevenkop, el cual me asegura que está muy bien escrita, considerando el poco tiempo que has dedicado á este idioma. Como ya has dejado atrás la parte más difícil, te pido que marches ahora con diligencia para alcanzar el resto y perfeccionarte completamente. El que no posee bien un lenguaje, nunca puede sobresalir, ni aun ser igual á sí mismo, al hablarlo ó escribirlo. Sus ideas se hallan aprisionadas y aparecen defectuosas y confusas si no es dueño de todas las palabras y frases requeridas para expresarlas. Por esto pues, te pido que no dejes de escribir cada quince días una carta en alemán á M. Grevenkop, lo cual te familiarizará con la escritura del idioma. Además, cuando hubieres dejado la Alemania y llegado á Turin, exijo que tus cartas á mí sean también en alemán para que no olvides fácilmente lo que has aprendido con tantas penas. Deseo así mismo que mientras permanecieres en Alemania, aproveches todas las oportunidades de conversar en alemán, medio único de soltarse en éste y cualquiera otro idioma.

Se va echando encima el día de Santo Tomás, en que debes salir de Sajonia é ir á Berlín; y para mí es seguro que si aun te falta algo para completar los conocimientos que ya tienes sobre este electorado, lo adquirirás antes de partir. No me contraigo, como fácilmente adivinarás, al número de sus iglesias, de sus parroquias ó de sus ciudades, sino á su constitución, sus rentas, sus tropas y su comercio. Unas cuantas preguntas cortésmente hechas á personas sensatas, te procurarán los informes necesarios que deseo asientes en tu librito. Berlín te presentará una escena enteramente nueva, y yo considero tu entrada en aquella corte, como tu primer paso en el gran mundo. Ten cuidado que este paso no sea falso, y no vayas á tropezar en el umbral; asistirás á las sociedades con más frecuencia que hasta aquí, y consiguientemente serán más necesarias las atenciones y las maneras. El medio seguro de que

disfrutes los placeres de la sociedad, es el de agradarla; el buen juicio y la instrucción son ciertamente indispensables para lograrlo; pero estas prendas no bastan por sí solas, es necesario que se hallen acompañadas de los modales y de las atenciones. Tú piensas adquirir unas y otros en las mejores compañías; pues entonces es menester que te resuelvas á observar atentamente lo que se hace en ellas; porque yo conozco muchas gentes que á pesar de haber frecuentado toda su vida las buenas compañías, lo han hecho con tan poco cuidado y reflexión, que no han retirado ninguna ventaja, y conservan siempre un aire tan torpe y tan común, como si nunca hubiesen tratado con personas bien educadas. Cuando fueres á las buenas compañías, por las cuales entiendo las que se componen de personas de primera educación del lugar en que te hallares, observa cuidadosamente el tono que reina en la conversación, los modales de las personas, la destreza con que hacen las cosas, y confórmate con lo que vieres. Mas no creas haber hecho mucho con sólo esto; es necesario que ahondes más profundamente, analizando hasta donde te fuere dado los corazones y las cabezas. Busca el mérito particular de cada individuo, su pasión favorita, su debilidad prevaleciente, y sabrás entonces qué especie de cebo debes poner á tu anzuelo para atraparle. El hombre es una composición de ingredientes tan numerosos y tan varios, que para analizarlo se requiere mucho tiempo y mucho cuidado; porque aunque todos tenemos en general las mismas partes constituyentes, como razón, voluntad, pasiones y apetitos, sin embargo, las diferentes proporciones y combinaciones, de todo esto en cada individuo, producen en aquélla infinita variedad de caracteres que según las circunstancias distinguen á una persona de otra. La razón debía sin duda dominar el todo (a), pero rara vez lo hace; y aquel que se dirige simplemente á la razón de otro hombre, sin hacer esfuerzos para empeñar también su corazón en sus intereses, no tiene más probabilidad de lograr lo que solicita, que la que tendría un hombre que se dirigiese solamente al ministro

(a) Cette fière raison, dont on fait tant de bruit  
Contre les passions n'est pas un sûr remède;  
Un peu de vin la trouble, un enfant la séduit,  
Et déchirer un cœur qui l'appelle à son aide  
Est tout l'effet qu'elle produit;  
Toujours impuissante et sévère  
Elle s'oppose à tout, et ne surmonte rien.

(Madame DESHOULIÈRES.) Tr.

nominal del rey y descuidase á su favorito. Quiero recomendarte dos libros que merecen tu atención, y que te darán á conocer los diferentes caracteres hasta el punto que pueden hacerlo los libros. Uno es *Reflexiones morales de La Rochefoucault*, y el otro *Caracteres de la Bruyère*; pero recuerda al mismo tiempo, que sólo te los recomiendo como los mejores mapas generales que te asistan en el camino, y no como indicadores de todas las vueltas y rodeos particulares de que lo hallarás sembrado, en los cuales debes prestar á aquellas reglas el socorro de tu sagacidad y de tus observaciones. No ignoro que se culpa á La Rochefoucault, pero sin razón á mi entender, por haber señalado al amor propio como origen de todas nuestras acciones. Por mi parte veo mucha verdad en esta opinión sin percibir daño alguno. Ciertamente es que solicitamos nuestra dicha en todo lo que hacemos, y se tiene por incontable que sólo podemos encontrarla obrando bien, y conformando todas nuestras acciones con las reglas prescritas por la sana razón, que es la gran ley de la naturaleza. Sólo un amor propio erróneo es un motivo culpable, como cuando tomamos por real felicidad la satisfacción inmediata y ciega de una pasión ó de un apetito. ¿Pero soy por ventura culpable si hago una buena acción porque de ello me resulta un grato sentimiento interior? Seguramente que no; al contrario, este sentimiento interior es una prueba de mi virtud. La reflexión que más se censura en el libro de la Rochefoucault, como muy peligrosa y muy maligna, es ésta: *On trouve dans le malheur de son meilleur ami quelque chose qui ne déplaît pas.* ¿Y por qué no? ¿Podré yo no sentir un tierno y real interés por el infortunio de mi amigo, y sin embargo experimentar al mismo tiempo un grato sentimiento interior por haberle servido consolándolo en su desgracia y procurándole toda la asistencia que depende de mí? (a). Dénseme acciones virtuosas y no andaré con juegos ni refinamientos de palabras acerca de los motivos. Dejo que cada uno elija entre estas dos verdades que vienen á ser una misma cosa: aquel que se ama mejor á sí mismo es el hombre más honrado, ó el hombre más honrado se ama mejor á sí mismo.

Los caracteres de la Bruyère son pinturas de la vida, muchas de las cuales se hallan delineadas con delicadeza y colores vivos.

(a) Esta justificación tiene aire de una escapatoria. Sea ó no exacta la observación de la Rochefoucault, parece indudable que se halla concebida bajo el sentido de *placer maligno*.

Acópialas primero en tu alma, y cuando dieres con sus semblanzas, como te acontecerá diariamente, te causarán mayor impresión. Compararás cada facción con el original, y ambos te ayudarán á descubrir las bellezas y los defectos de uno y otro.

Como las mujeres forman una parte considerable, ó á lo menos muy numerosa de la sociedad, y como sus sufragios tienen mucho peso para establecer la reputación de un hombre entre las gentes distinguidas, lo cual es de grande importancia para el papel y fortuna que se propone hacer en el mundo, es necesario agradecerlas. En consecuencia, quiero revelarte ciertos *arcanos* sobre esta materia, que te serán de lo más útiles; pero es necesario que los tengas ocultos con sumo cuidado, sin dejar jamás aparecer que los conoces. Las mujeres pues, no son más de niños de una estatura mayor que la de éstos; tienen una charla entretenida y á veces ingeniosa; mas en cuanto á juicio sólido y razonado, no he conocido en mi vida una que lo tuviese, ni que discurriese ú obrase consecuentemente durante venticuatro horas seguidas. Sus mejores resoluciones se miran siempre interrumpidas por alguna pasioncilla ó humor. Su hermosura descuidada ó puesta en duda, su edad aumentada ó su pretendido entendimiento despreciado, todo esto inflama al instante sus pequeñas pasiones y echa á tierra cualquiera sistema de conducta que hayan podido ser capaces de formar en sus momentos más juiciosos. Un hombre sensato sólo chanea con ellas, se entretiene y se muestra complaciente y halagüeño como lo sería con un niño despejado y alegre; pero jamás les consulta sobre asuntos serios ni se les confía, bien que con frecuencia les hace creer que así lo ejecuta, y esto las envanece más que nada, porque son amiguísimas de entrometerse en los negocios que, por decirlo de paso, siempre echan á perder; y sospechando con razón, que los hombres en general no les conceden más que una ligera atención, adoran casi á aquel que les habla más seriamente, y que parece consultarlas y depositar en ellas confianza; digo *parece*, porque sólo los hombres débiles lo hacen realmente, pero los discretos sólo lo aparentan. No hay adulación exagerada ó despreciable para ellas; acogerán con ansia las más desmedidas y aceptarán con reconocimiento las más insignificantes; y tú puedes con seguridad adular á una mujer principiando por su entendimiento y finalizando por el exquisito gusto de su abanico (a). Las mujeres que son

(a) Dice Gioia que aunque las alabanzas á la belleza, no sean verda-

hermosas ó feas, sin que de ello haya la menor duda, reciben mejor las lisonjas bajo la tecla de su entendimiento; mas aquellas que guardan un estado medio entre la fealdad y la hermosura, se muestran más sensibles á los elogios de sus perfecciones ó por lo menos de sus gracias; porque toda mujer que no es decididamente fea, se cree hermosa; pero como no oye decir con frecuencia que lo es, se siente más agradecida y obligada para con los pocos que se lo aseguran; á la vez que la hermosura indisputable que no duda de sus perfecciones, mira los tributos que se le pagan como un derecho debido; pero há menester brillar por el lado de su entendimiento y ser encomiada en este punto. Del mismo modo, una mujer cuya fealdad es tal que no le permite ponerla en duda, sabe que no le queda más recurso que su entendimiento, que por consecuencia viene á ser, y probablemente en más de un sentido, su lado feble. Pero estos son secretos que debes tener inviolables, si no quieres verte, como Orfeo, despedazado por todo el sexo (a). Al contrario un hombre que quiere vivir en el gran mundo debe ser galán, cortés y atento á agradar á las mujeres. La fragilidad de los hombres es causa de que ellas tengan más ó menos influencia en todas las cortes, y puede decirse que el bello sexo es el que graba el carácter de cada hombre en el mundo brillante y, á semejanza de la moneda, lo declara de buena ó de baja ley, y que tenga curso ó sea despreciado en el comercio de la vida. Es pues necesario contemplar á este sexo, adularlo, darle gusto, y no manifestarle nunca la menor señal de desprecio, porque es cosa que jamás perdona (b);

deras alabanzas, con todo, suenan muy agradablemente al oído de las mujeres, y aun al de ciertos hombres, y cuenta que Osley, famoso por diosero de Londres, hizo fortuna valiéndose de la siguiente estratagema. Cuando era permitido mendigar en Inglaterra, se colocaba en el sitio más concurrido de personas de tono, y cuando veía señoras elegantes les pedía limosna. Si se la negaban, señorita, decía á una, en nombre de esos negros ojos; á la otra, en nombre de esa bella cabellera; á esta en nombre de ese saleroso cuerpo; á aquella, en nombre de esos labios de rosa; finalmente, venían las divinas piernas, el pulido pie, el aire de reina, nada pasaba en blanco, y volvía á su casa con la bolsa llena.

(a) El curioso lector hallará los pormenores de la muerte de Orfeo, al principio del libro undécimo de las Metamorfosis de Ovidio. Allí verá á lo vivo el riesgo que corre de no guardar inviolables estos arcanos, y otros de la misma especie que le falta saber.

(b) Que no hay víbora en la Scitia,  
Ni tiene el África sierpe,

pero esto no le es particular, porque los hombres mismos perdonan más bien una injuria que un insulto. Todo hombre no es ambicioso, avaro ó colérico; pero todos los hombres tienen bastante orgullo para sentir y resentir el menor desprecio. Así, acuérdate de ocultar con el mayor cuidado el desprecio que sintieres por cualquiera persona si no quieres crearte un enemigo implacable. Repugna más á los hombres que se conozcan sus debilidades y sus imperfecciones que sus crímenes; y si tú das á entender á alguno que lo consideras necio, ignorante ó aun descortés ó torpe, te odiará más y por más tiempo que si llanamente le dijese que lo tienes por pícaro. Nunca cedas á aquella fuerte tentación que experimenta la mayor parte de la juventud de exponer las debilidades ó deslices ajenos, con ánimo de divertir á la compañía ó de hacer alarde de tu superioridad. Por lo pronto obtendrás la risa de los oyentes, pero te crearás enemigos irreconciliables, y aun los mismos que hubieren reído contigo, luego que reflexionen, te temerán y por consiguiente te odiarán. Además una conducta semejante indica malignidad (a), porque un buen corazón desea más bien ocultar que exponer los defectos ó desventuras del prójimo (b). Si tienes ingenio empléalo

Como mujer agraviada  
De que el hombre la desprecie.

(LOPE DE VEGA.)

(a) Es cosa de gran valía  
Amar y no aborrecer;  
Es cristiana cortesía  
Y la mayor granjería  
Que en el mundo pudo ser.  
Hubo hombres justos y afables  
Benévolos, y amorosos,  
Y á todos siempre agradables  
Que ganaron muy notables  
Renombres de virtuosos.  
Si el bien hablar cuesta poco  
Y es de buenos gran señal,  
Por la sentencia que toco,  
¿ No es hombre perdido y loco  
Y muy necio el que habla mal?

(ARANDA.)

(b) Tacha ó defecto común  
Jamás en burlas ni en veras  
La digas á nadie, puesto  
Que nunca de estas materias

en agradar y no en hacer daño : puedes brillar como el sol en las zonas templadas, sin quemar; aquí lo apetecemos y bajo la línea es temido.

Estos son algunos de los avisos que mi larga experiencia en el gran mundo me pone en estado de darte y que, si los miras con atención, podrán serte muy útiles en la vida. Deseo que el curso de ésta te sea próspero, y á lo menos estoy seguro de que si no es así, la culpa será tuya.

LONDRES, 13 de Septiembre de 1748.

MI QUERIDO HIJO.

No quiero perder tiempo de recomendarte las gracias, porque sin ellas de nada te servirá que frecuentes las reuniones de la vida brillante; y hacer en ellas una buena figura, es dar un gran paso hacia el mundo de los negocios, particularmente á los que tú te destinas. Una pronunciación viciosa, acompañada de gestos desagradables, y un modo de presentarse grosero é ingrato, son obstáculos terribles para todo hombre de negocios, sea cual fuere su capacidad; así como las cualidades opuestas le son de infinita ventaja. De aquí viene que vea yo con gusto que aprendas á bailar, puesto que hay en Lipsia un buen maestro que te lo enseñe. Desearía que bailases muy bien un minué, no tanto por afición á él como porque te acostumbrarás á presentarte con garbo.

Ya que hablo de pequeñeces debo mencionarte otra, que, aunque insignificante en sí misma, merece alguna atención; quiero decir, *trinchar*. ¿ Te acostumbras á hacerlo con destreza y gracia, sin permanecer media hora picando un hueso, sin salpicar con la salsa á la compañía y sin volcar los vasos en las bolsas de tus vecinos? Tosquedades como éstas son sumamente desagradables, y si se repiten con frecuencia nos cubren de ridículo. Fácilmente pueden evitarse con un poco de uso y de atención (a).

Se saca fruto, antes siempre  
De ordinario para en queja,  
Pues no hay, oyendo sus faltas  
Ninguno que no lo sienta.

(FRACOSO.)

(a) En el día es ya costumbre en los pueblos europeos, que los criados dividan las aves y otras viandas en una mesa separada de la principal

Por triviales que parezcan todas estas cosas, ó que puedan en efecto serlo, varía el caso cuando más de medio mundo piensa lo contrario; y como yo querría verte *omnibus ornatum excellere rebus*, creo que no hay cosa chica ni grande que no deba yo señalarte y tú tratar de sobresalir en ella. Para conseguirlo no te faltan los medios ni las ocasiones; y te empeño mi palabra de que ahora no te pido nada que de aquí á veinte años no desearías ardentemente haber aprendido. Una poca de atención á todas estas cosas durante los dos ó tres años próximos, te evitará en lo futuro infinitas penas y un arrepentimiento perpetuo. Quiera el cielo que en el curso de tu vida nunca tengas motivo justo para formar sentimientos. Á Dios (a).

LONDRES, 27 de Septiembre de 1748.

MI QUERIDO HIJO.

Recibí tu disertación latina sobre la guerra, y aunque el latín no es exactamente el mismo que hablaron Cicerón, César, Horacio, Virgilio y Ovidio, es sin embargo tan bueno como el que usan los *eruditos alemanes*. Siempre he notado que las personas más literatas, esto es, aquellas que más han leído latín, lo escriben peor; y esto es lo que distingue el latín de un hombre de condición erudito, del de un pedante. El hombre de condición no ha leído probablemente más latín que el de la edad de Augusto, y por de contado no puede escribir otro; el pedante al contrario, ha leído mucho más latín malo que bueno, y en consecuencia escribe

(a) Septiembre 23. El autor á M. Dairolles :

..... Las cosas llenan ampliamente mis deseos, y van en Lipsia mejor de lo que yo esperaba : somos absolutamente dueños del latín, griego, francés y alemán, el último de los cuales escribimos corrientemente. Estamos al tanto del derecho público del imperio, de la historia y de la geografía; de modo que, en verdad, sólo necesitamos ahora frotarnos y pulirnos; á cuyo fin comenzaremos por Berlín en noche de buena; iremos á Viena hacia fines de Marzo entrante; y estaremos en la academia de Turín en Junio siguiente por todo un año, pasado el cual iremos á Paris, *et si cela ne nous décrotte pas, il faut que le diable s'en mêle*. Si en alguno de estos lugares pudiereis ayudarnos por medio de cartas ó de recomendaciones verbales, estoy seguro de que lo haréis; porque jamás he dudado de ninguna señal de la amistad que profesáis al más fiel de vuestros amigos.

Tr.

lo mismo. El pedante considera las mejores obras clásicas como destinadas únicamente para colegiales, y por consiguiente inferiores á él; recoge las palabras anticuadas que encuentra, y las usa á menudo para ostentar su saber á costa de su juicio. Plauto es su autor favorito; no á causa del ingenio ni de la *vis comica* que abundan en sus piezas teatrales, sino por las muchas palabras antiguas, y la jerigonza de los bajos personajes que sólo en este autor se encuentran. El pedante se servirá más bien de *olli* que de *illi*; de *optume* que de *optime*; y de cualquiera término malo con preferencia á otro mejor, con tal que pueda probar que, estrictamente hablando, es latino; es decir que lo empleó un romano. Siguiendo esta regla podría yo escribirte hoy en el lenguaje de Chaucer ó de Spencer, y sostener que es inglés porque lo fué en aquellos tiempos; pero si tal hiciese, sería yo un pedante rematado y no comprenderías tres palabras de mi carta. Estas afectadas singularidades y todas las de su especie, son propias de los eruditos fatuos y de los pedantes, porque todo hombre de buen sentido las evita cuidadosamente (a).

Paso ahora á decir algo sobre la materia de tu discurso. Confieso que en él se asienta esta doctrina que me sorprende : *Quum vero hostis sit lenta citave morte omnia dira nobis minitans quocunque bellantibus negotium est, parum sane interfuerit quo modo cum obruere et interficere satagamus, si ferociam exuere cunctetur. Ergo veneno quoque uti fast est, etc.* Yo no puedo concebir que en ningún caso se pueda emplear legalmente el veneno en defensa propia. Es indudable que la fuerza puede justamente repelerse con la fuerza, pero no con traición ni engaño, porque yo no puedo aplicar estos dos últimos nombres á las estratagemas de la guerra, como emboscadas, baterías ocultas, ataques falsos, etc; todo lo cual se espera y se precave por ambas partes; pero siempre he oído, leído y considerado, que las saetas y aguas envenenadas, ó el veneno ministrado al enemigo (lo cual sólo puede hacerse alevosamente), es, por grande que fuere el peligro, un medio infame é ilegal. Pero, dirás tú, *si ferociam exuere cunctetur*, ¿deberé morir antes que envenenar á mi enemigo? Sí, sin la menor duda, mucho

(a) Loin de moi ces pédants gagés  
Et ses enfileurs de dactyles,  
Coiffés de phrases imbéciles  
Et de classiques préjugés.

(GRESSET.) Tr.